

**"DR. GEORGE H. LACY"  
"MAESTRO Y PATRIARCA DE LA FE"**

**(Domingo 25 de febrero de 2007)**

**(Por el pastor Emilio Bandt Favela)**



DR. GEORGE H. LACY

***"Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor"  
(Mateo 25:21)***

En razón de que nuestro capítulo de Embajadores del Rey lleva el nombre de este prócer de las misiones en México, conviene que reproduzcamos aquí una reseña de su biografía.

George Holcombe Lacy nació en El Dorado, Arkansas, EUA, el 13 de octubre de 1868.

La tierra de viñedos y sabrosos membrillos que es Saltillo, Coah. vio llegar al matrimonio formado por George H. Lacy y su digna esposa Minnie por la estación ferrocarrilera en 1904, y les dio la más cálida bienvenida, aún sin conocer todavía su capacidad de trabajo ni sus altas virtudes cristianas.

Tomó desde su llegada el cargo de director del Instituto Madero Para Señoritas, donde pronto demostró su capacidad pedagógica y su vocación acrisolada de maestro.

Desde 1904 en adelante, preparó una generación de maestras normalistas y también de esposas cristianas, quienes a su tiempo imprimieron una época de oro en los lugares donde sirvieron después de graduadas.

De esas mujeres ejemplares instruidas por el Dr. Lacy aún en los años aciagos del movimiento social que transformó a México y que fue la Revolución Mexicana, podemos citar a las siguientes: Leonor Saucedo, poetisa y educadora revolucionaria; Consuelo Domínguez (después de Gurrola); Alicia Müller Domínguez, dilecta poetisa y maestra de grandes dotes; Lucila Rodríguez, Timotea Martínez, Rebeca Rodríguez, distinguida maestra en Torreón, Coah. Esther J. Hernández, madre de muchos hijos y maestra distinguida en el Distrito Federal, Luz Ramos esposa del eminente predicador Daniel Sierra Barocio, y otras muchas que con sus servicios honraron al Instituto Madero y a su director.

También hay que recordar a Jovita Hernández y a Chole González ambas magníficas mecanógrafas originarias de San Pedro, Coah. Chole fue secretaria –nada menos, que de los presidentes de la República Don Francisco I. Madero y Gral. Plutarco Elías Calles.

Por los años 1908 y 1909 fue promovido a Toluca donde dirigió el Instituto Central Para Varones. Su estancia allí fue breve a causa de la altura que afectaba mucho a la salud de la señora Lacy. Esto hizo que el maestro volviese a Coahuila, pero esta vez a la ciudad de Torreón.

Allí se desempeñó como catedrático de griego y hebreo y Filosofía en el Seminario Teológico Bautista Mexicano. A los alumnos avanzados les dictaba también un curso comparado de Biblia. Sus alumnos destacados en aquella época fueron: Agustín Vélez, Pablo Villanueva, Donato Ruiz. Más tarde ingresaron a sus clases: José J. Cota, Anatolio Bautista González, Juan M. Pérez, Lázaro Segura, Benjamín Rojas, Ismael Anguiano, Artemio Arroyo, Felipe Rojas, Arturo Vargas y Santos Mireles.

### **El calvario de sus sufrimientos por Cristo**

Estando de vacaciones, en el primer año de su llegada a Saltillo, llegó una espantosa epidemia de escarlatina, de modo grave e imprevisto. La familia Lacy vivía en el internado del colegio.

Las alumnas estaban fuera afortunadamente, pero los pequeños hijos Lacy, eran cinco, estaban allí, por lo cual recibieron el impacto brutal de la contagiosa enfermedad.

Uno a uno, hasta completar tres de los más pequeños murieron en pocos días. Alarmados sobremanera, los esposos Lacy decidieron que la madre marchase rápidamente a los Estados Unidos, para salvar de la muerte a los dos hijos que quedaban.

Sin embargo, en el camino entre Monterrey y Nuevo Laredo, enfermaron gravemente los dos niños. La señora Minnie se vio obligada a descender del tren en que viajaba para sepultar a su cuarto hijo fallecido. Luego la última, que era Sallie, una niña de once años de edad, se agravó en el mismo alojamiento y murió a las veinticuatro horas.

Aquella madre desolada, telegrafió al esposo que había quedado en Saltillo. Cuando el Dr. Lacy llegó, el desastre y la desolación más grande reinaba en aquel pavoroso camino a la frontera. No obstante, la señora Minnie le informó que la única alegría que sintió por el camino, fue que las madres mexicanas y algunas americanas le habían brindado mucha ayuda y consolación hasta el grado de velar con ella durante las noches, la dura agonía de sus niños.

Dijo además que la habían acompañado a sepultar los pequeños cadáveres blancos –blancos de inocencia, porque de los niños es el Reino de los Cielos.

Esta fue la prueba de fuego, el golpe moral más duro de su vida en este suelo mexicano. Como Abraham, a quien Jehová Dios le pidió que entregara en holocausto a su hijo Isaac, así el maestro Lacy tuvo que entregar, no uno, sino cinco hijos, en un término perentorio de quince días. Quince días de angustia y desolación casi mayor a sus fuerzas humanas. ¿Cuál fue el propósito de Dios al enviar tal prueba? No lo sabemos propiamente, pero lo que si podemos ver ahora es el resultado de aquella tremenda prueba.

Abrazando a su destrozada esposa, al otro lado del Río Bravo, sostuvieron el siguiente diálogo en el retiro de un cuarto de hotel:

-Ya no llores tanto, amada mía. Consuélate recordando las palabras del Señor Jesucristo que ha dicho: “de los niños es el Reino de los Cielos”. Luego nuestros queridos hijos ya están gozando de aquel Reino donde no hay enfermedad, ni dolor.

-Oh, Jorge, no me digas eso porque lo sé demasiado. Lo que yo me pregunto es ¿Por qué se los llevó con tanta violencia, a todos, a todos? ¿Estaba Dios enojado con ellos o con nosotros, sus papás?

-Mira, amada mía, no es bueno entrar en los juicios de Dios. Yo creo que nuestro Padre no estaba enojado con los niños ni con nosotros. Tal vez lo que realmente ocurrió, es que nosotros no estábamos bien resueltos a trabajar por Cristo en México. El amor excesivo a nuestros hijos, nos estaba impidiendo poner nuestros ojos y nuestra atención en el trabajo misionero que se nos ha encomendado. ¿No recuerdas que en alguna parte Jesús nos advierte: “El que no dejare padre o madre, hijos o hermanos por mí, no es digno de mí?”

-¿Pero que cosa insinúas, Jorge? ¿A todo eso hay que renunciar por Cristo?

-Sí. A todo eso, Minnie. Todo, padres, madres, hijos o hermanos, hay que renunciarlos totalmente para servir dignamente a nuestro Redentor.

-Bueno... Pues que se haga la Soberana Voluntad de Dios.

-Entonces, mi buena Minnie, ¿No quieres que volvamos a nuestra tierra después de esta tragedia que nos ha mandado el Señor?

-¡No, no, no! –Dijo ella, comprendiendo el problema. Ahora Dios quiere que nos quedemos definitivamente en México. En Saltillo tenemos sepultados a dos de nuestros pequeños Elrich y Octavia, ¡Allí quiero yo también ser sepultada, al lado de mis hijos!

-¡Bravo, así se habla! –Dijo él. En el Nombre de Jesucristo nos quedaremos en México y seremos sepultados en esta nueva patria que Dios nos dio.

### **La otra gran tribulación de Lacy**

A partir del mes de noviembre de 1910, soplaron los aquilones bravíos de la Revolución sobre todo el territorio nacional.

Pascual Orozco levantó la bola en Chihuahua y en la Región Lagunera los coroneles Gregorio García y J. Agustín Castro. Este movimiento desequilibró la vida nacional. El comercio y los ferrocarriles dejaron de funcionar regularmente, sobre todo de Torreón hacia el norte.

Por este motivo, todas las familias americanas de los misioneros y banqueros, tuvieron que salir en trenes especiales por Piedras Negras o por Nuevo Laredo debido a que por Cd. Juárez no había salida, ni para el sur porque en Zacatecas se había levantado Luis Moya y otros revolucionarios.

¡Todos los extranjeros con sus familias salieron, menos el maestro misionero George H. Lacy! Por propia voluntad se quedó en la zona lagunera, visitando iglesias rurales y alentando a sus numerosos discípulos que habían sido comisionados en los campos de La Laguna.

Yo lo encontré varias veces, -dice uno de sus discípulos, -en la Cd. de Gómez Palacio, Dgo... seis meses después que la tormenta revolucionaria había estallado.

Entre discípulo y maestro se desarrolló el siguiente diálogo:

-¿Pero es posible, maestro Lacy, que usted ande aquí en medio de las polvaredas de nuestras caballerías? ¿Cómo es que usted sólo ha quedado si todos sus paisanos ya han salido para los Estados Unidos?

-¡Todo es posible queriendo, Anatolio! Aquí estoy viviendo en Torreón porque no puedo abandonar mis congregaciones ni a mis queridos colaboradores.

-Pero, hay mucha inseguridad para su vida en esta zona que una vez fue pacífica y de puro trabajo agrícola. La revolución no es contra los americanos sino contra los “pelones” de Porfirio Díaz. Pero una bala perdida puede descomponer las cosas, maestro.

-Dios me cuida. Además ando entre ustedes, a los cuales no tengo miedo. Y cuénteme, ¿Es cierto que muchos jóvenes evangélicos andan en la revolución?

-¡Sí, como no! Del colegio en que usted fue catedrático, andamos como seis u ocho estudiantes. Entre otros, Lázaro Segura, Francisco... aquel de Durango, Manuel Elías, Juan... hijo de don Florencio y otros que de momento no recuerdo sus nombres.

¡Ah! Y de los metodistas y de los presbiterianos, andan muchos en las filas de la revolución. De San Pedro de las Colonias, de Viesca, de Matamoros, de Cd. Lerdo y de Gómez Palacio, las iglesias casi se han quedado sin jóvenes. ¡Es muy bonito andar en buenos caballos y portar una carabina!

-Pues con esa grata noticia que me das, ya me doy cuenta que no debo tener miedo. Andando tú entre ellos yo me siento asegurado.

-Gracias, maestro, por esa distinción que nos hace.

-Como tú sabes, Anatolio, yo soy bautista y decir eso equivale a decir que soy amante de la libertad y el progreso de los pueblos. Quisiera ser mexicano para andar como ustedes –soldado del pueblo libre- y poder gritar ¡Viva la democracia! ¡Viva Madero! ¡Viva la libertad de cultos!

Lacy, fue el único misionero norteamericano que, en los peligros de la revolución no huyó como lo hicieron sus paisanos, tímidos asalariados y faltos de valor.

Educador y misionero cristiano de resonantes méritos, no cosechó nada de sus propios paisanos, sino olvido y abandono. Llegado el tiempo para su jubilación, la muy honorable Junta Misionera del Sur, le impuso por condición para jubilarlo, el regreso forzoso a su tierra natal. Lacy rehusó regresar a su patria de origen porque sus hijos y esposa, como sabemos, están sepultados en nuestro suelo mexicano. Por ello, se quedó con nosotros. Comenzó así una lucha contra la miseria personal. Viudo y abandonado por sus paisanos, clamó a Cristo para que viniese en su ayuda. ¡Y así fue!

La Convención Nacional Bautista de México, le tendió la mano, de manera escasa pero siempre eficaz y le brindó su simpatía, apoyo y respeto profundo.

### **El inicio de lo que hoy es el Seminario “Lacy”**

El Dr. Lacy comenzó a organizar Escuelas Bíblicas Ambulantes, es decir, que él era el ambulante porque se movía de sur a norte y de oriente a poniente del país, preparando jóvenes y señoritas de nuestras congregaciones, para ser obreros laicos o para ser maestras de escuela dominical.

Este ministerio tan singular lo inició en 1936 y lo hacía recorriendo las iglesias de la Convención Nacional desarrollando pequeños institutos bíblicos por quince días en cada lugar.

En 1937 se estableció de forma permanente en Monterrey, N. L. iniciando las clases en junio de ese año con cuatro alumnos que fueron: José T. Dena de Aguascalientes, Ags. Luis Ríos de México, D. F. Encarnación Salce Sánchez, de Linares N. L. y Agustín García Salva de Salina Cruz, Oax. Los maestros de ese entonces fueron Jonás García, Joel E. García y el Dr. G. H. Lacy era el director. Ocupaban como salón de clases uno de los departamentos del templo de la Primera Iglesia Bautista de Monterrey, N. L. y vivieron allí mismo, habitando uno de los cuartos de la casa pastoral.

En 1938, por acuerdo de la Convención Nacional Bautista de México reunida en el mes de abril de ese año en Saltillo, Coah. la Escuela Bíblica se trasladó a la ciudad de Tlacolula, Oax. Donde se iniciaron las clases el primer lunes de mayo, con la matrícula de nuevos alumnos. Allí en Tlacolula, el Dr. Lacy compró una propiedad en la cual vivieron los alumnos. Las clases se impartían en el templo de la iglesia.

El seminario estuvo en Tlacolula hasta 1943; en 1944 laboró en la ciudad de Puebla, Pue. hasta 1947. En 1948 se trasladó a Morelia, Mich. El 27 de noviembre de 1949, el Dr. Lacy dejó de ser su director para asistir al llamado de su Señor al cielo. Sólo eso le impidió seguir dando enseñanza bíblica pues aún a sus ochenta y un años de edad impartía clases en el Seminario.

Cuando el Dr. Lacy murió, al sacar sus pertenencias del humilde cuarto donde vivía, todos observaron, con lágrimas en los ojos, los platos y jarritos de barro que utilizaba para su servicio tan ilustre prócer de las misiones y gran maestro por cuarenta y cinco años de muchas generaciones de pastores en nuestro país.

Pastor Emilio Bandt Favela.